

?QUE PASA EN ESPAÑA?

("El Mercantil Valenciano", Valencia. 2 julio 1917)



¿Qué pasa en España?

Un amigo francés me escribe desde el fondo de un lugarejo del centro de Francia preguntándome qué ocurre en España y qué es lo que va a pasar en España. Me dice que él, por lo que lee en la prensa, cree que están a punto de derrumbarse los viejos partidos históricos, el sistema rotativo, el asiento social y el sistema de equilibrio político. Me añade otras especies, algunas estupendas, que dice que ocurren por París respecto a España. «¿Cree usted—me pregunta luego—que Dato podrá dirigir y desviar la tormenta? Se me figura muy inteligente. («Il m'a l'air fort intelligent»). Queda por saber si la inteligencia basta en semejantes coyunturas.»

A mi amigo el francés, Dato se le aparece como un hombre que tiene el aire muy inteligente, traduciendo su expresión al pie de la letra. ¡El aire puede ser; pero lo que es otra cosa!... Y, en efecto, en las coyunturas en que se encuentra España hoy, la inteligencia no basta, y menos la de un Dato, que es, a lo sumo, una inteligencia datista.

Pienso contestarle que Dato es hoy el optimista por obligación, el Don Pangloss áulico, y que la mejor definición que del optimismo se ha dado es la que dió Voltaire—de quien mi amigo el francés no es muy devoto—por boca de Cándido cuando a la pregunta de Cacambo de qué es el optimismo, contestó: «¡Ay! es el empeño de sostener que todo está bien cuando se está mal.» («Cándido», cap. XIX.) Y se sostiene que todo está bien para ver si así se logra estar menos mal.

¿Qué pasa en España? ¿Y voy a saber decírselo a mi amigo el francés? ¿Sabemos acaso los españoles lo que está pasando en España? ¿Somos nosotros los que llevamos los sucesos, o son los sucesos los que nos llevan? ¿Hacemos nosotros la historia, o es la historia la que nos hace? ¿Producimos el descontento, o es el descontento el que nos produce?



¿ Que pasa en España ? 2

5-75



Lo que aquí está pasando es algo así como una revolución sin revolucionarios. Son cosas con voluntad, casi fuerzas de la naturaleza, que están arrastrando a hombres, sin ella, a abúlicos. Son convulsiones de la subconciencia y hasta de la inconciencia pública nacional, cuyas oleadas llegan alguna vez a la conciencia. Y a favor de ello cada uno piensa en sí.

Mas ello es natural. En periodos de disolución—y periodo de disolución es éste en que nos encontramos,—todos los egoísmos, individuales o corporativos, se exageran. Sólo que del concurso de esos egoísmos exacerbados resulta la acción común. Creyendo cada uno servir su interés privativo sirve al interés común. Y además la disolución es necesaria.

Hay un aforismo en química que dice que los cuerpos no obran sino en disolución: «cópura non agunt nisi soluta». Y el actual desconcierto puede ser principio de concierto.



Ayer interrumpimos aquí nuestro artículo pensando enlazarlo con un comentario de la calle, en que el conde de Romanones renuncia a la jefatura del partido liberal.

La carta va dirigida a D. Alejandro Grolzard, un respetabilísimo mastodonte intelectual (?), muy anterior al oso de las cavernas y al hombre troglodita, y a quien oímos una vez un discurso que fué maravillosa sarta, sin cuerda, de vaciedades y de lugares comunes. Pero recordando aquello del divino Maestro de «dejar a los muertos que entierren a sus muertos» (Luc. IX, 60), me atengo a la última novedad, a la de hoy, que es el decreto suspendiendo las garantías constitucionales en todo el todavía Reino y estableciendo la previa censura.

A la pregunta, pues, de mi amigo el francés sobre lo que pasa en España, le contestaré diciéndole que no se puede escribir ni de la cuestión militar, ni de movimiento de tropas, ni de Juntas de Defensa, ni de Manifiestos y proclamas societarias, ni de mítines y huelgas, ni de movimiento de buques de guerra, ni de torpedeos de barcos nacionales o extranjeros en aguas jurisdiccionales, ni





de exportaciones; ni se permite comentar la guerra, ni..., ni..., ni... (Ahora sólo faltaba que la censura, ejercida, como no puede menos de ser, por un pobre ganapán que tiene embotada la conciencia de libre ciudadanía, nos obligase a cubrir con algo esos puntos suspensivos. Que hasta eso puede llegar la tontería gubernamental delegada.)

No se puede, pues, escribir de nada que valga la pena. Es la medida que le han hecho adoptar a ese pobre Dato, que a distancia y para los que le miran desde lejos, como mi amigo francés, tiene el aire de ser muy inteligente. ¡El aire... sí! Es la suya una inteligencia aérea.

El pobre diablo — Dato, ¡es claro! — ha dicho que la suspensión de garantías había sido acogida con satisfacción por la opinión. ¿Por qué opinión? Seguramente que se trata de aquella opinión, de aquella única opinión con que ese hombre tiene que contar para poder hacer que gobierna, para ocupar el poder. Esa opinión no es, lo aseguramos, la opinión del pueblo español. Verdad es que Dato debe de ser de los que opinan que el pueblo no opina, que aquí no hay opinión, no hay conciencia pública.

También ha dicho el Dato ese que la conservación del orden favorece, en primer término, al pueblo trabajador. ¿La conservación de qué orden? ¿Qué orden es ese? ¿A qué llama orden ese pobre diablo? ¿No será más bien el desorden rutinizado?

Dice también que se seguirá manteniendo la neutralidad incondicional y a todo trance y costa, lo que llaman la paz. Ya Milton, en su «Paraíso perdido» (II, 22), la definió: «innoble bienestar y pereza pacífica, no paz» («innoble ease and peaceful sloth nol peace»), y ya antes Virgilio le llamó «innoble ocio». (Ahora que no nos dejan decir nada, no vienen mal unos golpecitos de erudición barata.)

El mismo sujeto — no Milton, ¿eh?, ni Virgilio — nos informa de que han llegado a España corresponsales de prensa extranjera encargados de informarnos del curso que lleva la supuesta revolución española. Y así, en vista de la presión de la caldera, el canciller de turno ha





dispuesto, de acuerdo con su amo y señor, quitar el manómetro. Porque es el manómetro el que tiene la culpa, como es el barómetro — que el Sr. Villanueva, según manifestó una vez en Panticosa a un amigo nuestro, cree que debe estar al aire libre para marcar mejor el tiempo, — es el barómetro el culpable de las bruscas y fuertes oscilaciones de presión atmosférica.

¿Qué pasa en España? Pues pura y sencillamente que han velado el manómetro, que le impiden que marque la presión de la caldera. Es como aquel que aguardando una catástrofe para una hora dada, mandó parar el reloj.

Hay que parar el reloj para que no llegue la hora del alba, y hay que atar el pico a los gallos para que no la canten.

«Imbéciles», podemos decir, repitiendo lo que dicen que dijo hace poco desde un palco cierto personaje.

MIGUEL DE UNAMUNO.

